



TAL PARA CUAL

I

Agustín Benavides, colegial de agudo ingenio, buen corazón y audaz hasta la temeridad, estaba haciendo brillantísima carrera en el Seminario Conciliar de Durango —pues en aquella época los seminarios daban magnífico contingente á las carreras literarias,—los maestros deshacíanse en elogios del joven estudiante, quien año por año presentaba el acto público de estatuto. Mas estaba cansado, muy cansado, no tanto del estudio, cuanto de las privaciones á las que, por seguir una carrera, obligábale la pobreza. Más de una vez decidióse á arrojar á la mitad de la calle los libros de Filosofía y á buscar un empleo cualquiera que aligerara la pesada carga de la vida; pero revocaba su resolución ante los ruegos de su anciana madre.

A aumentar el candente anhelo del estudiante vino el amor que le inspiró una aristocrática joven de la más encumbrada categoría, no sólo por su prosapia de abuelo, sino también por su crecido caudal. Hija única de don Rosendo Galván y de doña Serafina Plancarte, era Matilde amor y gloria de sus padres, que en ella se veían.

La joven, por maravilla, no abusaba de aquel cariño, y sus deseos, siempre satisfechos, conteníanse dentro de las justas aspiraciones de su elevada jerarquía social. Afable y discreta, granjeábase la estimación de cuantos la trataban, y aunque no era una belleza, tenía poderoso atractivo y singular donaire.

Don Rosendo, hombre de mucho mundo, egoísta, socarrón y mentiroso cuando vió á Matilde en edad de tener esposo, alarmóse mucho, y en su interior la condenó á perpetuo celibato. Temía, con razón, que su fortuna atrajera á los pretendientes. Hay tantos, pensaba, que buscan en el matrimonio las comodidades de la riqueza y no las satisfacciones del corazón. El egoísmo paternal tomó también gran parte en la resolución del millonario. Ni uno más rico que él separaría de su lado á la hija de su alma.

Bien sabía don Rosendo que de tal decisión Serafina iba á ser la más terrible

enemiga; pero el banquero era fecundo en argucias, y sonreíase satisfecho al considerar las que inventaría para persuadir á su mujer.

Lo peor de todo era que había observado que á su hija no le caía mal el maldito estudiante. Una que otra furtiva mirada de Matilde púsole patitieso. Si no daría la mano de su hija ni á un Nabab, ni al rey del petróleo, ni al del acero, ni á ninguno de los multimillonarios yanquis ó mexicanos, iba á casarla con un pelele de baja estofa que faltábale de seso lo que de audacia le sobraba. ¡Imposible! El humillaría á aquel presuntuoso mozalbeta.

II

Agustín, entretanto, no se durmió, no sólo llovieron amorosos billetes en la casa de la rica heredera, sino que dióse maña para hablarle algunas palabritas en casa de una amiga. Y el corazón de Matilde, que por lo suave era yesca, ardió con el fuego de aquellas palabritas. Sobre todo, la frase: "amo á usted con toda mi alma," le calcinó el pecho hasta en la más escondida arteria.

Los libros de Filosofía estaban cerrados y llenos de polvo, en cambio, el de las ilusiones era leído de cabo á rabo por el

enamorado galán que se hallaba ya en plenas relaciones con Matilde.

Los maestros de Agustín quejábanse con la madre de éste, de que su hijo se había entregado á la disipación; que frecuentemente faltaba á clase, motivo por el cual empañaría la ganada buena fama con la segura pérdida de aquel año de estudio. No le entran ya consejos á Agustín, decía el Rector, y es una lástima.

Un día, por ciertas palabras de su madre, comprendió el joven que ésta temía que anduviese en criminales trapicheos, y llorando por el dolor de la autora de sus días, á quien tiernamente amaba, revelóle todo, todo. Le manifestó su inquebrantable resolución de amar siempre á Matilde y hacer cuanto pudiera y aun lo que no pudiera por casarse con ella. La fe de los enamorados se parece á la de los santos y no es extraño, porque en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, es el amor la pasión más fuerte.

Madre é hijo acabaron por llorar juntos, de esperanza el uno, de temor la otra. ¿Quién era su pobre hijo para aquella joven tan rica y que como tal debía de ser muy orgullosa? ¿Valía algo el talento? ¿Conquista hoy la virtud muchos corazones? y la experiencia de la anciana respondía á estas preguntas: El oro es el gran conquistador en este mundo. El ta

lento y aun la virtud á él se han vendido muchas veces.

A aquellos dolorosos pensamientos replicaba la fe de la buena madre con palabras de eterna verdad.

—No ha muerto el Dios de mis padres, que es mi Dios, á El fio la causa de mi hijo. Hay aún y habrá siempre almas buenas en medio de la universal idolatría del becerro de oro.

III

Pasease Agustín por las primorosas alamedas de la ciudad. El amor hále sacado de quicio: quiere casarse con Matilde y ésta quiere casarse con él. ¿Qué más se necesita que dos voluntades firmes y decididas?

No habrá, de ello está seguro, nadie que quiera pedir para él al millonario la mano de su hija. Si él fuera rico, tal vez; pero es un pobre colegial sin porvenir aún. No importa, trabajará, siéntese capaz de heroicas empresas. El amor es fuerte, muy fuerte; pero también es loco de atar, y en aquel momento las ideas de Agustín son las de un loco, pues se resuelve á ir él en persona á pedir la mano de Matilde. Y pensarle y dirigirse á la casa del banquero, fué todo uno.

No voy á cometer un crimen, se dijo: el

cariño da derechos, y más aún el cariño correspondido.

Llegó al despacho del banquero y llamó suavemente á la vidriera de la puerta.

—Adelante, contestó con voz grave don Rosendo.

Estaba el banquero hojeando un legajo de documentos, alzó la vista por encima de los anteojos, y no fué poco su asombro al mirar frente á él al colegialillo.

—¿Qué se le ofrece á usted? díjole sin siquiera indicarle que se sentase.

—Pues mi negocio es muy sencillo, repuso Agustín sin turbarse, cuestión de dos palabras.

—Hable usted

—Vengo....

—No tengo en qué ocupar á usted, dijo don Rosendo interrumpiendo al joven y con la dañada intención de humillarle.

—No vengo á pedir empleo, sino algo que vale mucho más.

—No presto dinero.

—No pido dinero

—Pues ¿entonces?....

—Vengo á pedir á usted la mano de su hija Matilde.

El sofocón que sufrió el banquero fué terrible, ni siquiera pudo hablar. Quedóse contemplando á Agustín de hito en hito. Aquella audacia era inverosímil. Poco des-

pués sonrióse con maligna sonrisa y dijo con arrogancia al audaz mozalbete:

—Mi hija lleva un millón para el desayuno, ¿qué lleva usted para la comida?

Agustín comprendió la intención de don Rosendo de humillarle, é impertérrito contestó:

—Con tan buen desayuno, ¿á quién le quedan ganas de comer? No comeremos señor don Rosendo, no comeremos.

Tan inesperada respuesta desconcertó por un momento al banquero, que boquiabierto miraba á Agustín, mas vuelto en sí, repuso iracundo:

—Quítese usted de mi presencia.

—Volveré cuando usted haya reflexionado, murmuró el colegial, hizo una cortés reverencia y sonriente salió del despacho.

IV

Bien lo había previsto don Rosendo; la mortal enemiga de su resolución fué Serafina. ¿Pues no le cayó en gracia á la estúpida de su consorte la insultante contestación del atrevido colegial?

—Es un necio, decía don Rosendo.

—No le conoces bien, replicaba Serafina.

—Se ha burlado de mí.

—El enamorado inconscientemente se burla de todo el mundo, y no hace más

de vengarse, pues todo el mundo se burla de él. Tú querías humillarle.

—Y el pillastre me ofendió.

—Tú le ofendiste primero.

—Pero, mujer, sé racional.

—Te conozco de cara y mañas. Tú lo que quieres es que nuestra hija no se case jamás.

—Y no se casará. Te lo juro.

—Se casará, como dos y tres son cinco.

—Aun suponiéndolo, no se casará con ese pelagatos.

—Matilde ha nacido para el santuario del hogar. Conozco bien á mi hija.

—Para su felicidad no necesita ese santuario.

Estas disputas eran cotidianas, y claro es, con el maternal apoyo, Matilde seguía obstinada en querer á Agustín.

—Confía y espera, decíale á su hija, yo quebrantaré la cerviz de la serpiente.

No hay para que decir que la serpiente era don Rosendo.

A la hora de sobremesa, cuando Matilde se iba á sus habitaciones, empezaba la diaria disputa, que concluía siempre con la huida del banquero. ¡Demonio! Después de un cuarto de siglo de paz octaviada, en que no se había oído en su casa una sola palabra que subiese de mesurado tono, tener que soportar aquel alud de gritos y aquellas nerviosas contorsiones

de la Serafina que al pie del altar le juró amor, y con esto, como era natural, respeto y resignada sumisión.

Aquello no era ya vida. Además, Matilde estaba muy triste, y antes era alegre como día primaveral. Todo, todo había cambiado en el hogar de don Rosendo hasta los criados que antes eran respetuosos, pero afables, tenían hoy cara de sargento primero.

Hallábase el capitalista enfrascado en aquellos pensamientos, cuando ocurriosele una idea salvadora, sin duda, á juzgar por el relámpago de regocijo que le inundó el rostro.

Esto es decisivo en pro de mis proyectos, exclamó. Veremos que puede oponer en contra la testaruda de Serafina.

Ese día estuvo contento y hasta chancista durante la comida, y á la hora de la batalla, llenó hasta los bordes la taza del café, encendió con estudiada calma—que no pasó desapercibida para Serafina—un magnífico puro y miraba de soslayo á la temible enemiga.

Traes alguna trampa, pensó Serafina mas ya te conozco, marrullero.

Don Rosendo tosió, Serafina también. Aquella tosidura fué como el clarín que anuncia el combate.

—Estás matando á Matilde, clamó Serafina, con dolorosa voz.

—Quiero la felicidad de mi hija. ¿Cómo no la había de querer? Pero ese matrimonio es imposible.

—¿Porque Agustín es pobre? Esa no es razón, nosotros somos ricos.

—No es eso, Serafina. ¿Qué me importa á mí que ese rapazón no tenga un centavo? Hay otro motivo que no puedo decirte.

—Sea cual fuere, debes decírmelo.

—Si tú lo exiges... pero conste que sin este inesperado suceso, y sin tu exigencia no te lo hubiera dicho nunca.

—Bueno, conste y adelante.

—Pues has de saber.—El banquero tragó saliva.—No puedo, no puedo.

—Habla, no soy caprichosa; si la causa de tu obstinación es racional, no insistiré en defender á la hija de mi alma de tu inexplicable tiranía.

—¿Quieres que hable? Sea.

—Te oigo.

—Durante mi juventud, no fui un santo ni mucho menos, tuve un desliz; pero conste que fué solamente uno y este, en un momento de aturdimiento, de diabólica sugestión. Don Rosendo vió á su consorte, tragó saliva y continuó:

—¿Te he dicho lo bastante?

—Si no me has dicho nada.

—Debías haberlo comprendido: ese matrimonio, agregó con solemne voz, es im-

posible porque Agustín es mi hijo. He aquí el "pro" de mi causa.

Y don Rosendo inclinó la cabeza avergonzado.

Doña Serafina quedóse algunos momentos contemplando á su esposo, sonrióse con socarronería y dijo con admirable tranquilidad:

—La revelación que de hacerme acabas, no es obstáculo para la dicha de Matilde.

—¿Qué dices! ¿No es obstáculo?

—Ya que te has confesado conmigo, en justa correspondencia me confesare contigo. Yo como tú, soy pecadora, tuve un desliz, nada más uno, también por diabólica sugestión, y Matilde no es tu hija. He aquí el "contra" de tu causa.

Don Rosendo se quedó boquiabierto, rascóse una oreja y luego la cabeza. Siguió una escena muda que se prolongó por algunos momentos, después de la cual los esposos soltaron una tremenda carcajada.

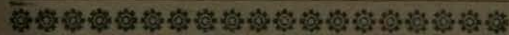
—Eres terrible, dijo el banquero.

—Tal para cual, respondió la esposa.

—Basta, basta, que se case Matilde.

El estudiante acabó su carrera y fué médico notable.

Y no hubo remedio, Matilde y Agustín se casaron y fueron tan felices como serlo pueden dos personas virtuosas en este pícaro mundo.



SI DIOS QUIERE

Era Tomás un barretero alegre, decididor, de grandes simpatías entre la femina plebe, y audaz hasta la temeridad, aun cuando no estuviese bajo la influencia del alcohol, pues desgraciadamente había seguido el ejemplo de sus camaradas, los más sobrios de los cuales, embriagábanse aunque fuese de tarde en tarde. Hay entre los barreteros la errónea creencia de que el mezcal les da vigor para los rudos trabajos, y aun prolonga una vida frecuentemente enfermiza, á causa del tiempo que los pobres operarios permanecen en las entrañas de la tierra, donde falta la luz del sol, el aire es poco y la humedad mucha. Es raro, muy raro, encontrar entre ellos la virtud de la temperancia.

No era Tomás, ciertamente, de los que se entregaban al vicio con frenesí, é impe-